

## EM2 / CULTURA



Unos jóvenes consultan la cartelera de un cine en Kabul. Abajo, la sala. MÓNICA BERNABÉ

Espectáculo / Crisis

## Afganistán, un país sin cines ni teatros

Las últimas salas de Kabul languidecen, convertidas en refugios para vagabundos

MÓNICA BERNABÉ / Kabul  
Especial para EL MUNDO

En la sala de proyección, el olor a marihuana tira de espaldas y el humo incluso dificulta la respiración. El suelo está lleno de papeles y cáscaras y las butacas tienen roña. Un vendedor ambulante se pasea entre los asientos con refrescos y bolsas de patatas fritas, mientras los espectadores, todos hombres, esperan impacientes. Los cines en Afganistán se han convertido en antros de perdición, o languidecen vacíos, sin casi público. Los teatros también se pueden contar con una mano, y rara vez suben el telón.

«La comunidad internacional no ha hecho nada para inculcar la cultura en la gente», se queja el director de Afghan Films, Mohammad Aref Naseri, sentado en un despacho anclado en el pasado, con mobiliario de los años 70. Como si en ese departamento gubernamental que en teoría debe promover el cine en Afganistán, no hubiera llegado un solo céntimo del mucho dinero que la comunidad internacional ha destinado en el país, a pesar de que, ironías del destino, Afghan Films está justo delante del cuartel general de la OTAN en Kabul.

«Antes estaba en contra de los rusos, ahora he cambiado de opinión», afirma sin pelos en la lengua el asesor del ministro de Cultura e Información, Jawad Man-

sour Popal, en referencia a la invasión soviética de Afganistán en la década de los 80. Popal también lamenta la poca atención que los 49 países con tropas en Afganistán prestan al fomento de la cultura. Sólo Alemania, Francia, Noruega y el Reino Unido han invertido en ese campo. «Las nuevas generaciones no saben qué es el cine, el arte, el teatro, no disponen de un lugar donde divertirse. ¿Esperan que desconecten de la guerra?», se pregunta.

El legado cultural de los soviéti-

cos aún es visible en Kabul, aunque en parte quedó destruido en la guerra entre facciones muyahidín de principios de los 90. Tal vez el mayor exponente es el Centro Cultural Ruso, un complejo mastodónico que se conserva como un queso gruyere en el oeste de la capital, con los boquetes abiertos por los morteros durante el conflicto.

Afganistán llegó a tener 37 cines y teatros en el pasado, 18 de ellos en Kabul. La gente iba en familia. Eran lugares de buena reputación. Sin embargo, esa época pasó a la historia. También la de los años dorados tras la caída del régimen talibán en 2001, cuando los cines colgaban el cartel de completo y los afganos se daba de tortazos por entrar en las salas después de cinco años de sequía en los que los talibán prohibieron cine y televisión.

### Una vez al año

Ahora en Kabul hay sólo un teatro: el llamado Teatro Nacional de Afganistán que, a pesar del nombre, es una sala de poca monta con 250 sillas metálicas. El edificio se ha rehabilitado y al teatro se le ha dotado de recursos, pero su progra-

mación es casi nula. «Hacemos representaciones una o dos veces al año», afirma su director, Shahpoor Sadaqat. Sus actores también actúan para niños en los pueblos.

La situación de los cines es aún peor. En todo Afganistán hay seis, cinco están en Kabul. Hace un par de años había dos cines más, pero cerraron. «¿Cuántos espectadores tenemos? Pues... De momento ocho», contesta pensativo uno de los gerentes de Cinema Park, Suleiman Mir Ahmad Sha, como si le costara hacer la cuenta de las personas que han acudido a la sesión de tarde en una sala de 570 butacas. «No podemos competir con la televisión. Nos ha robado la clientela», argumenta. En Afganistán hay en la actualidad 23 canales de televisión y, viendo la cartelera y el ambiente en los cines, es comprensible que la gente se quede en casa.

Las llamadas «películas de estreno» tienen dos años de antigüedad, y las de reposición pueden ser de hace una década. La mayoría son filmes indios, paquistaníes o esta-

dounidenses que se proyectan en versión original, pero sin subtítular.

«Las películas de acción tienen éxito», asegura el director de Afghan Films. Tiene su lógica. Es posible seguir su argumento sin comprender los diálogos. También gustan mucho los romances porque, a diferencia de la televisión, se proyectan sin censura. Los canales de televisión en Afganistán están obligados a difuminar las imágenes donde aparecen escotes, y piernas y brazos de mujeres al desnudo. «Por suerte los mulás no van al cine», añade Naseri.

«¡Vengan, vengan a ver la película!», grita un hombre en la entrada del cine Pamir, como si fuera un comerciante ambulante. Hay sesión a las 10.00 horas, a las 13.00 y a las 15.00, pero se puede entrar a cualquier hora. Es igual que la película haya empezado. El Pamir es el único en la capital que conserva cierta clientela gracias a su ubicación, en

una calle concurrida del centro de la ciudad. La mayoría de sus espectadores son jóvenes desocupados, drogadictos y vendedores ambulantes que van al cine por tener un sitio donde sentarse y fumar un rato. La entrada es barata: 50 afganis, unos 78 céntimos de euro.

«En el archivo de Afghan Films tenemos 6.000 horas de documentales y películas desde 1929, que se podrían digitalizar para enseñar a los jóvenes que Afganistán no siempre fue así. Fuimos un país civilizado», asegura el asesor.



## Funcionarios

Tres de los cinco cines que hay en Kabul son propiedad del Gobierno. Es decir, el Ministerio de Cultura e Información los mantiene y paga a su personal, como herencia de la época soviética en los años 80, cuando todas las salas de proyección y teatros eran públicos. Entonces se creía que el Gobierno debía garantizar el acceso a la cultura. Los muyahidín vendieron o destruyeron buena parte de los cines gubernamentales cuando llegaron al poder en 1992. Y los talibán los convirtieron en baños públicos o lugares para la oración. Así los cines y teatros han sido una herramienta más del régimen de turno.